

SECUNDINO CASTRO, OCD*

LAS MORADAS TERESIANAS Y EL SEGUIMIENTO EVANGÉLICO

Fecha de recepción: julio de 2015

Fecha de admisión y versión final: agosto de 2015

RESUMEN: Desde bibliografía casi inexistente se aborda una nueva temática en el libro de *Moradas*: el seguimiento evangélico. Se observa, teniendo en cuenta los elementos simbólicos de la composición literaria del mismo y de su proyecto espiritual, que el tema mencionado resulta central para su comprensión. El análisis ha sido pormenorizado, siguiendo con detención todos los tramos del proceso, y haciendo emerger numerosos textos bíblicos hasta ahora desconsiderados. Al expresar Teresa su experiencia en textos y categorías bíblicas se ha encontrado de lleno con el tema de las llamadas evangélicas, en las que ha hallado afinidades y similitudes con su experiencia. Una vez más Biblia y experiencia se fusionan.

PALABRAS CLAVE: seguimiento, evangelio, llamada, morada, Nueva Jerusalén, camino, símbolos bíblicos, proceso espiritual.

The «Moradas» of Santa Teresa and the Evangelical following

ABSTRACT: This article studies a new theme in the book *Moradas* of Santa Teresa: the evangelical following. Considering the symbolic elements of their literary composition and spiritual project, the issue is central to their understanding. The analysis has been thoroughly, following arrest all sections of the process and bringing forth numerous biblical texts so far inconsiderate. Teresa expresses her

* Profesor jubilado de la Universidad Pontificia Comillas; especialista en Teología espiritual y Sagrada Escritura; scastrosanchez@yahoo.es.

experience in texts and biblical categories and thus has encountered the issue of evangelical calls, which reflected affinities and similarities with her experience. Again Bible and experience merge.

KEYWORDS: following, gospel, appeal, abode, New Jerusalem, path, biblical symbols, spiritual process.

INTRODUCCIÓN

El estudio que sigue pretende hacer ver que el libro de *Moradas* de Teresa de Jesús, al que ella denomina «tratado¹, en el que quiso dar cuenta de su experiencia plena², y que de alguna manera sistematizó, debe ser leído, porque en realidad es eso, como un itinerario de seguimiento evangélico³. Veremos, en efecto, que la obra se sustenta en dos pilares⁴. El primero se refiere a la experiencia. Teresa, como acabamos de decir,

¹ M, Título del Prólogo. Citaré las Obras de Santa Teresa por SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas. Edición manual, Transcripción y notas de* EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, o.c.D. y OTGER STEGINK, O. Excepto las *Cuentas de Conciencia* que lo haré por *Cuentas de Conciencia. La otra autobiografía*. Santa Teresa de Jesús. Texto crítico y comentario, Manuel Diego Sánchez-Secundino Castro Sánchez, Madrid 2014, Editorial de espiritualidad.

² Teresa compara sus obras: *Vida* y *Moradas* a dos joyas. Aunque cree que *Moradas* es superior a *Vida*: «Sábese cierto que está en poder del mismo aquella joya, y aun la loa mucho, y así hasta que se canse de ella no la dará, que él le dijo se la miraba de propósito. Que si viniese acá el Señor Carrillo dice que vería otra que –a lo que se puede entender– le hace muchas ventajas; porque no trata de cosa, sino de lo que es El, y con más delicados esmaltes y labores; porque dice que no sabía tanto el platero que la hizo entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá. Hízose por mandato del vidriero, y parécese bien, a lo que dicen» (Carta 212, 10; 6ª edic. de BAC. A Gaspar de Salazar[Granada] 7 de diciembre de 1577).

³ Cf. J. CASTELLANO CERVERA, *Il cammino del cristiano nel «Castello Interiore» di Santa Teresa*, en AA.VV., *Il cammino spirituale cristiano*, Roma 2004, 164. La Bibliografía directa sobre nuestro tema es prácticamente inexistente.

⁴ Remito a algunos estudios míos recientes sobre el tema: S. CASTRO SÁNCHEZ, *Jesucristo, plenitud de Moradas, o Moradas la revelación de una cristofanía*, en F.J. SÁNCHO FERMÍN y RÓMULO CUARTAS LONDOÑO, *Las Moradas del Castillo Interior de Santa Teresa de Jesús. Actas del IV Congreso Internacional Teresiano en preparación del V Centenario de su nacimiento (1515-2015)*, Burgos, Monte Carmelo, Ávila, Cites, Universidad de la Mística, 2014, 251-273; *Ib.*, *Configuración bíblica del relato teresiano (elementos centrales)*: *Estudios bíblicos* 68 (2008) 217-244; *Ib.* *El entramado bíblico de las Moradas teresianas*: *Revista de Espiritualidad* 274 (2010) 81-110; *Ib.*, *Teresa de*

quiere ofrecernos aquí su experiencia completa. El libro de la *Vida*, compuesto unos once años antes, no le satisface en ese aspecto, porque desde entonces su acerbo religioso ha crecido considerablemente⁵. El otro pilar de las *Moradas* es la Biblia⁶.

La presencia de la Biblia para describir su experiencia la acerca a la llamada a Israel en el Antiguo Testamento, y a la de los discípulos en el Nuevo⁷. Teresa se va a fijar principalmente en este último. Tendremos ocasión de ver cómo su vivencia mística corre paralela a la vocación apostólica⁸. De hecho, para expresarla acudirá a textos del Nuevo Testamento sobre todo de los evangelios⁹. Y hasta que no acierta con uno o un pasaje bíblico, parece que no queda satisfecha; cree que no se ha dado a entender¹⁰. Esto deja intuir que la vivencia mística teresiana es puro evangelio, porque es mediante ellos como mejor se comunica¹¹. Sin duda, el relato teresiano es un compuesto armónico de Biblia y experiencia íntimamente trabado.

Nos acercamos, pues, a las *Moradas* como composición literaria para, a través de su estructura, símbolos y diversos componentes lingüísticos, desentrañar el pensamiento-experiencia de Teresa, que de alguna forma

Jesús, teóloga. Ruptura de la mística universal y clarificación de la cristiana: Lumen 63 (2014) 323-365.

⁵ Sabedora Teresa de que Don. Álvaro de Mendoza poseía una copia del libro, se la mandó a pedir: «Al obispo envié a pedir el libro, porque quizá se me antojara de acabarle con lo que después me ha dado el Señor que se podría hacer otro y grande, y si el Señor quiere acertase a decir, y si no, poco se pierde» (Cta. 112, 9. A Don. Lorenzo de Cepeda, 24-7-1576.

⁶ «Esta presencia tan fuerte [de la Biblia] es, además mucho más copiosa en Las *Moradas* que en los demás libros (R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, Madrid 2007, 153; véanse las pp. 153-154.

⁷ Cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, *El fulgor de la palabra. Nueva Comprensión de Teresa de Jesús*, Madrid 2012.

⁸ D. MONGUILLO, *Seguimiento*, en S. DI FIORES, T. GOFFI, A. GUERRA (edit), *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1991⁴, 1725.

⁹ *Seguimiento*, en L. COENEN - E. BEYREUTHER - H. BIETENHARD (dir), *Diccionario Teológico Del Nuevo Testamento*, IV, Salamanca 1984, 183; véase todo el tema del *Seguimiento*, *Ib.*, 172-186.

¹⁰ Cf. 7M 3,13.

¹¹ «Siempre yo he sido aficionada, y me han recogido más las palabras de los Evangelios que se salieron por aquella sacratísima boca así como las decía, que libros muy bien concertados» (CE 35,4). Estas palabras de Teresa no hablan de etapas bíblicas, pero sí de que la Escritura como enseñanza era la principal fuente de su mística.

quiso dar cuenta aquí no sólo del secreto de su espiritualidad, sino también de los modos y fuentes de su procedencia. Veremos, con sorpresa quizás para algunos, que su mística se identifica simplemente con la radicalidad cristiana¹², y que, aunque pertenece a uno de tantos carismas del Espíritu, se abre también a la universalidad por basarse exclusivamente en raíces evangélicas¹³. Por eso, como he escrito en otras partes, su mística no coincide con la así llamada mística universal, de claro sabor neoplatónico, y que se sigue infiltrando hoy en muchas formas de religiosidad, incluso en la misma espiritualidad de las iglesias cristianas¹⁴.

Se ha llegado a afirmar que en el campo de la espiritualidad hasta la llegada de santa Teresa la mística no fue del todo cristiana¹⁵. Por eso el debate que ella abrió un día sobre el sentido de la Humanidad de Cristo en la mística va mucho más allá de un tema polémico. Subyace al mismo todo un planteamiento que toca las bases de la misma teología de la encarnación con profundas conmociones en la moral y en la espiritualidad¹⁶.

1. EL ENTRAMADO DEL LIBRO Y EL SEGUIMIENTO

1.1. MORADAS, EL CRISTIANO Y LO PROFUNDO

Las *Moradas* teresianas son la narración de un viaje¹⁷ a la profundidad del ser humano, donde mora el Resucitado (V 40,5). Por eso es preciso que enseguida fijemos el pensamiento de Teresa sobre lo que ella entiende por la palabra «morada». Y para ello lo más adecuado es seguir el ritmo de su pensamiento a través de algunos textos muy ricos, que con

¹² «El itinerario va desde el llamamiento a vivir en comunión con Dios, dirigido a todo hombre por el hecho de haber sido creado a imagen de Dios, hasta el encuentro de los discípulos con Jesucristo resucitado» (A. MAS ARRONDO, *Acercar el cielo. Itinerario espiritual con Teresa de Jesús*, Santander 2004, 20).

¹³ «Nuestra autora puso un énfasis especial en conciliar la experiencia creyente con la objetividad de la exégesis bíblica y la teología dogmática» (J. CRESPO DE LOS BUEIS, *Mistagogía teresiana: Revista de Espiritualidad* 74 (2015), 144).

¹⁴ S. CASTRO SÁNCHEZ, «Teresa de Jesús, teóloga», a.c., 323-365.

¹⁵ B. JIMÉNEZ DUQUE, *La oración, lugar privilegiado para la experiencia*, en *Actas del Congreso Internacional teresiano II*, Salamanca 1983, 966.

¹⁶ S. CASTRO SÁNCHEZ, «Teresa de Jesús teóloga», a.c.

¹⁷ J. A. MARCOS, *Teresa de Jesús, transparencia del misterio*, Madrid 2015, 224.

diversas figuras literario-religiosas nos introducen en el misterio. Así, de la imagen del castillo, Teresa salta a las moradas de Juan: «Un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas» (1M 1,1)¹⁸. Teresa determina enseguida la calidad de esas estancias: «Un paraíso adonde dice El tiene sus deleites» (1M 1,1). La palabra deleite juega aquí un significado especial¹⁹. Las moradas ya desde el mismo inicio se presentan como modos de relación. Ello significa una forma o estilo de seguimiento.

De manera que el alma del justo se está convirtiendo en el paraíso del Génesis²⁰. Así en los mismos constitutivos del cristiano se cincela la historia de salvación. La ontología se congutina con la teología y la historia con la revelación. Pero Teresa da un paso más y descubre que el ser humano está configurado a imagen de Dios²¹ como lo refleja la experiencia del siguiente texto: «No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad; y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos..., a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues Él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza» (1M 1,1)²². Y a continuación clarifica su pensamiento en otro momento brillante que parece más que una descripción un canto al yo humano configurado desde la Biblia: «Este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios» (1M 2,1).

Con estos pasajes parece que Teresa quiere transportar el famoso castillo al Paraíso del Génesis, al del Apocalipsis con asonancias al árbol de la vida, al que se alude en ambos, y al río donde el árbol germina. No es

¹⁸ Jn 14,2. Como puede observarse la idea de castillo ha sido transmutada en las moradas de Jn 14,2.

¹⁹ ¿La idea de paraíso no le recordó a Teresa el del Gn 2, 8ss.; 3,23-24, según traducción de la Vulgata?. Hasta ahora, se pensaba más bien que la referencia era a Prov 8,21. Cf. V 14,10; CC 45,3; Ex 7,1. Parece que sí, porque enseguida aludirá al hombre creado a imagen y semejanza de Dios (1M 1,1).

²⁰ «En estos comienzos, por tanto, tenemos una comparación con fundamento bíblico (moradas), que se encadena con un recuerdo al paraíso de deleites y concluye con la justificación de esta comparación en el hecho de haber sido creado el ser humano a imagen y semejanza de Dios» (J. M. SÁNCHEZ CARO, *la Biblia en Castillo Interior de Teresa de Jesús*, F. J. SANCHO FERMÍN y R. CUARTAS LONDOÑO (dir), *Las Moradas*, o.c., 125).

²¹ JESÚS CASTELLANO, *Il cammino del cristiano*, o.c., 168.

²² Gn 1,26-27.

improbable que se refiera también al árbol del salmo plantado junto a las aguas²³. Con ello se significa ya que la misma ontología del ser humano, en este caso, del cristiano, tiene raíz y tonos bíblicos. Por tanto su maduración no se va a poder llevar a cabo sin referencias a las Escrituras. De modo que ya el seguimiento está inscrito en la misma ontología del ser, creado así en vistas a Cristo.

Por eso cuando esta realidad luminosa se apaga a causa de la culpa: «No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No queráis más saber de que, con estarse el mismo sol²⁴, que le daba tanto resplandor y hermosura todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad como el cristal para resplandecer en él el sol» (1M 2,1); cf 1M 2,3; 7M 2,8)²⁵. La alusión al sol, que ilumina las estancias del alma, sin duda, es una referencia velada a la nueva Jerusalén, cuya lámpara es el cordero. Observación bíblica que hace referencia a los elegidos, y vinculación entre moral y ontología. Esto es muy importante por lo que enseguida vamos a decir de la comprensión del seguimiento que tiene Teresa. La moral toca las mismas estructuras del castillo, ciudad teresiana del interior, que ella de forma discreta va lentamente leyendo desde la tradición joánica, y cuyo límite último es la nueva Jerusalén.

Pero la explicación de todos estos textos se halla en la experiencia cristológica de gran calado con que finaliza el libro de la *Vida*. Pasaje que según creo haber demostrado en otro lugar²⁶ es el fundamento y la raíz de las *Moradas*: «De presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda... y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo yo no sé decir cómo se esculpía todo en el mismo Señor» (V 40,5). Si el yo humano se constituye, pues, en Cristo, su maduración consistirá en que ese Cristo llegue a trasvasar toda su realidad ontológica y moral²⁷. El seguimiento según esto no sólo va a ser una exigencia ética, sino también del ser, ontológica.

²³ Gn 3,22; Sal 1,3; Jr 17,8; Ez 17,5-8; Ap 2,7; 22, 1-2).

²⁴ En 1M 2,5 habla también de la fuente «donde está plantado este árbol de nuestras almas y de este sol».

²⁵ Aquí se ha perdido la imagen del castillo.

²⁶ S. CASTRO SÁNCHEZ, *Cristología teresiana*, Madrid 2010³, 77-79; 126-127.

²⁷ S. CASTRO SÁNCHEZ, *Cristología*, o.c. 71-142.

Es cuanto a continuación va a decir Teresa: «Dióseme a entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser» (V 40,5)²⁸.

Si la imagen del Castillo se sustenta en el pasaje de *Vida*, que acabamos de recordar, se convierten las *Moradas* en cristofanía y en cristopatía. Cristofanía quiere decir que el proyecto revelador del Padre es cristológico, y cristopatía, que el acceso del hombre a Dios se resuelve en la experiencia (padecimiento) de Cristo (seguimiento). La palabra «pathos» es quizás la que mejor refleja los sentimientos inherentes al seguimiento teresiano²⁹.

Si no estuviera suficientemente probado que *Moradas* se inspira en *Vida* 40,5, esto se evidenciaría por una especie de lapsus que comete la autora al citar un pasaje, creyendo que lo ha escrito en *Moradas* cuando en realidad es del lugar recordado de *Vida*, como se deduce del texto siguiente: «Mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, a donde nuestra imagen está esculpida (7M 2,10). El pasaje no se encuentra en *Moradas*³⁰, pero Teresa por un momento ha creído que es algo que ha escrito en ese libro. La identidad del contenido le ha producido la confusión.

Por otra parte, el esfuerzo del seguidor de *Moradas* ha de orientarse a entrar en contacto con el Rey que inhabita el centro del yo, o alma, que,

²⁸ Este pasaje es uno de los más importantes de la experiencia teresiana por varios motivos: 1. Lo que se decía de la Divinidad y de la Trinidad, ella lo experimenta de Cristo. 2. Cristo aquí connota su Humanidad, porque Teresa dice que se le representó «como le solía ver». En cualquiera de sus visiones ella siempre le percibió resucitado (V 29,4), por consiguiente, con su Humanidad. 3. El recogimiento supremo teresiano es cristológico. 4. Se incrusta en el yo humano de tal manera, que ni siquiera el pecado lo puede ahuyentar aunque lo oscurezca. 5. Viene a formar parte del hombre, que según esto, estaría constituido de cuerpo, alma y Cristo. 6. Esta comprensión teresiana nos acercaría de algún modo a Efesios y Colosenses y quizás a Teilhard de Chardin. 7. Es una de las experiencias supremas del libro de *Vida*. 8. Sólo el hombre puede encontrarse a sí mismo y explayarse desde esta dimensión cristológica. 9. El seguimiento tiene por objeto el que la realidad de Cristo se imponga en todas las zonas del ser. 10. La experiencia y el seguimiento alcanzarán su cumbre cuando el hombre sienta que ya no es él el que vive, sino Cristo (Ga 2,20) [V 6,10; CC 3,10].

²⁹ «A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por Él» (V 3,6).

³⁰ Cf. no obstante 1M 2,5. Este texto habla de la virtud de la humildad. En ningún caso puede referirse la Santa a él en el pasaje citado.

al modo de un espejo, refleja a Cristo, como se asegura al final de la obra: «Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria sino intelectual ... como se apareció a los apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: «Pax vobis» (7M 2,3)³¹, cf. 5M 1,13. La referencia al cenáculo donde se hallan congregados los discípulos del Señor no sólo pone una nota de evangelio a la mística, sino que incluso la clarifica por la línea del seguimiento. Pues sabemos que este no se detiene con la muerte de Jesús, sigue sus ritmos en el tiempo pascual. Con esta anotación Teresa advierte al lector acerca del tipo de espiritualidad a la que se está refiriendo.

De cuanto llevamos diciendo se infiere que el libro de *Moradas* narra una forma de acceso a la madurez cristiana, que, como ya hemos dicho, implica un doble aspecto: ontológico y moral o psicológico espiritual. Teresa no lo duda, para entrar dentro, en las profundidades del yo, se impone el seguimiento (3M 1,8). Sin el seguimiento de Jesús; sin la experiencia de su vida y el amor al prójimo (5M 3,10) no hay hondura posible. Y si pareciere que la hubiere, sería una profundidad soñada, experiencia de vacío (V 22,9). Tal experiencia es para Teresa muy peligrosa porque le parece al alma que está llena de Dios y no es así. Sería muy largo y prolijo de desarrollar este punto y de hacer ver las repercusiones que para la espiritualidad de hoy tiene esta observación. Ella en su tiempo intentaba soslayar tal dificultad con el remedio de la cristología. Todo acto religioso para Teresa igual que para Rahner debe tener «estructura encarnatoria»³², que es lo mismo que decir que allí debe hallarse presente la Humanidad de Cristo. Y decir Humanidad de Cristo y hablar de seguimiento es algo que se reclama.

1.2. CORRELACIÓN ENTRE «MORADA» Y «SEGUIMIENTO»

Parece que Teresa ya desde el principio piensa dar a este vocablo contenido bíblico. En efecto, apenas se abre el libro (1M1,1), cita el texto de Juan: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas» (Jn 14,2). A este

³¹ Jn 20, 19-21.

³² K. RAHNER, *Eterna significación de la humanidad de Jesús para nuestra relación con Dios*, en *Escritos de teología III*, Madrid 1961, 58. Este artículo de Rahner parece escrito para comentar los dos famosos capítulos cristológicos de Teresa 22 de Vida y 7 de sextas *Moradas*. Indudablemente es el estudio más sublime y profundo de los mismos; cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, «Teresa de Jesús, teóloga», a.c., 331-332.

texto parece aludir en F. 14,5: «Gozaremos en aquella eternidad, adonde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús». A la simple vista de estos pasajes no parece posible que el término morada no alcance desde sus mismos principios dinamismo bíblico, y contenido de llamada evangélica ya que las moradas están en esa función puesto que Teresa estampó aquí el vocablo «imitar», que aunque, diferente de seguimiento, guarda con él afín similitud de significado.

Es probable que en un primer momento entienda «morada» también como la estancia de un castillo. Y así utilizará a lo largo de la narración esa imagen. Pero, si se observa con detención, la figura del castillo se va retirando a un plano secundario, porque las connotaciones bíblicas la van absorbiendo. *Morada* representará un estado de conciencia crístico. Desde otra perspectiva, una etapa en el seguimiento. Cada paso serio en él constituye una morada. Así las moradas teresianas se van identificando con el concepto de moradas de Juan. Esto no es algo que solamente se halle de una forma objetiva en el libro, se encuentra ya en la intencionalidad misma de Teresa. Porque, apenas comienza el desarrollo de *Las Moradas*, infunde tal dinamismo a esta palabra que la enmarca en su más genuino sentido escriturístico. Juan en su evangelio entiende el término como una derivación del verbo griego «meno», vocablo que utiliza para significar la relación permanente, vital y sin interrupción entre Jesús y el Padre, y entre nosotros, el Padre y Jesús, (14,23). Es el mismo dinamismo teológico-espiritual del libro de la Santa.

1.3. PERSPECTIVA JOÁNICA DEL LIBRO TERESIANO

Toda la obra de *Moradas* se reviste de tonos bíblicos³³. Por ello no es arriesgado afirmar que resulta un comentario al texto joaneos, sin desdeñar otras fuentes del seguimiento evangélico que se integrarán en éste. Previo a la celebración del matrimonio también Teresa gozará de la experiencia trinitaria (7M 1,7), a la que alude el evangelista (Jn 14,23). El contenido de las moradas del Padre se prosigue luego en Juan en el Apocalipsis (21,10-23), en el que morada es la ciudad entera. Así parece que Teresa entiende también las suyas. De hecho algunos de los elementos

³³ Cf. J. CASTELLANO CERVERA, *El entramado bíblico del Castillo Interior*: Revista de Espiritualidad 56 (1997) 119-142.

que componen su visión del alma están tomados de esa ciudad encantada, vg, el sol (Ap 21,23).

La maduración del cristiano la va a entender Teresa como la vivencia de la nueva Jerusalén aquí abajo, tal como hoy viene comprendida por no pocos intérpretes del Apocalipsis³⁴. Teresa intensificará los procesos del crecimiento cristiano como una marcha progresiva, hacia la búsqueda de Cristo que se halla en las honduras del yo. Lo cual quiere decir que hasta que todo el sujeto no se revista o se deje transformar por esa realidad que inhabita en su interior, el seguimiento no ha sido completo. La comprensión del yo como paraíso del Génesis, jardín del Cantar o del Apocalipsis, o como ciudad futura o nueva Jerusalén y tierra prometida³⁵ exigen que la actividad espiritual correspondiente se realice al estilo bíblico, es decir, con formas de seguimiento. La profundización hacia la maduración supone la integración humana en Cristo. Un estilo formal de seguimiento, pero además pegado a la dinámica de los evangelios.

³⁴ Cf. A. ÁLVAREZ VALDÉS, *La nueva Jerusalén, ¿ciudad celeste o ciudad terrestre?*, Estella (Navarra) 2005.

³⁵ A lo largo de la historia se ha tratado de señalar el origen del símbolo teresiano del *Castillo* y las *Moradas*. Muchos han recurrido a una revelación. Otros han pensado en alguna construcción, las murallas de Ávila, la catedral, incluso han señalado un castillo concreto, otros creen que la Santa se ha servido de algunos tratados espirituales o sermonarios, otros, que lo puede haber encontrado en el Romancero o en libros de caballería o en fuentes islámicas, o que sería un método de diversión para la vida espiritual. Finalmente, no faltan quienes creen que se ha inspirado en la Biblia, principalmente en Jn 14,2 o Ap 21-22. Cf. C. CUEVAS, *El significativo alegórico en el «Castillo» teresiano*: Letras de Deuto 12 (1982) 77-07; J. M. PRIETO HERNÁNDEZ, *Los orígenes de la alegoría del castillo teresiano*: Teresianum 42 (1991) 585-698; M IZQUIERDO SORLI, *Teresa de Jesús. Una aventura interior. Estudio de un símbolo* (Diputación Provincial de Ávila, 1993) 42-43.

Yo pienso que el primer golpe de inspiración se halla en *Vida* 40,5. Es probable que el segundo fuera un castillo de amores, saltando en seguida la imagen a contextos bíblicos, como el Paraíso del Génesis, la ciudad del Apocalipsis, en donde se encontrarían las moradas de Juan 14,2. Esas imágenes más globales se concentrarían en estancias más reducidas: la bodega del Cantar, el Cenáculo, el sepulcro de Cristo, la tierra prometida. En realidad no se trataría de una imagen, sino de un conjunto de ellas de aspecto bíblico-cristológico que desarrollan el relato: la búsqueda del Amado (Cantar, evangelios). Existen otras imágenes no religiosas que ayudan al engarce de las primeras, pero son muy secundarias. Cualquier interpretación cuyo eje no sea lo bíblico cristológico está condenada al fracaso, y no logrará dar razón ni del contenido ni del modo de su desarrollo.

Esto quiere decir que su mística se empapa de Biblia y más en concreto de cristología. Ya lo hemos dicho, no se puede entrar dentro del yo sin los sentimientos que denota la figura de Jesús y que proclama el evangelio. No se trata de silencios especiales u otros artificios, se alcanza la profundidad más absoluta o se llega a lo más hondo que hay en nosotros mismos siguiendo los consejos de Jesús. Aquí radica la esencia de la mística teresiana. El proceso de *Moradas* nos revelará cómo se va produciendo esa interiorización en el yo o transformación de nuestra vida en Cristo al ritmo de los diversos momentos bíblicos³⁶. Iremos percibiendo así la integración de la Biblia en la psicología de la persona.

2. HACIA LAS HONDURAS DEL YO

2.1. PRENDIDOS EN LA FIGURA DE CRISTO

Comienza el camino del seguimiento. El futuro discípulo ignora las riquezas de su ser porque vive lejos de Cristo o al menos no ha comenzado a percibirle. Por eso la luz que se esconde en su interior, apenas emerge (1M 2,14). Estas personas se desconocen, ignoran su propio origen y sentido. Teresa les presenta la figura del ciego de nacimiento (1M 1,3)³⁷ del evangelio de Juan. Es muy significativo el recuerdo del ciego joaneo aquí, al comienzo del camino de *Moradas*. Este ciego constituye toda una historia de seguimiento. El instinto teológico de Teresa la obligó a comenzar por esa figura evangélica que asume las sinópticas y presenta

³⁶ «Esta Humanidad es contemplada en el evangelio y transmitida con fidelidad en la fe apostólica. Teresa se acerca a Jesucristo en su condición de profunda creyente que bebe de la Palabra; desde niña interioriza espontáneamente escenas evangélicas que escucha o lee (*Flos Sanctorum* y *Vita Christi*). El Cristo de los evangelios es el contenido teológico de la fe de Teresa y de la fe de la Iglesia apostólica (M Pról.3; 4M 3,10; 5M 3,3; 6M 4,3;7,11; M epíl.3). Personajes bíblicos inspiran el camino de *Moradas*: la Samaritana (6M 11,5), la mujer pecadora a los pies de Jesús (7M 2,4), María Magdalena (1M 1,3; 6M 7,4;11,12; 7M 1,10;2,7;4,11.12-13; V 9,2), Marta y María (7M 4,12), la madre de Jesús (3M 1,3; 7M 4,3), Pedro (6M 7,4; 7M 4,5), Judas Iscariote (5M 3,2;4,7; 6M 7,10), el joven rico (3M 1,6-7), los fariseos (6M 7,4; 7M 4,5), etc. Los misterios de Jesucristo se contemplan y se celebran en el seno de la fe de la Iglesia católica (6M 7,11; V 25,12)» [J. CRESPO DE LOS BUEIS, «Mistagogía teresiana», a.c., p. 126].

³⁷ Jn 9,2-3.

el seguimiento de forma más completa. Teresa lo inserta aquí casi de pasada, pero la trama del discurso lo exige como uno de sus ejes.

En efecto, Juan recuerda que Jesús le untó de barro los ojos, hecho con su saliva, Expresión de su Humanidad. Jesús le curó con ella, con su ser de encarnado. Y el ciego vio su gloria, e hizo la confesión plena de Jesús ofrendándole siete títulos (Jn 9,1-41), como figura del discípulo perfecto. Los diversos títulos son los peldaños del ascenso de la escala hasta Jesús, o los pasos del camino que lleva a la meta.

Sólo así podría mirarle de verdad según la exhortación de Teresa (1M 2,11), que da comienzo a esta *Morada* con las palabras de Hebreos: «Fijos los ojos en Cristo» (1M 2,11); para caminar una vez liberados por él (1M 2,4), puliendo previamente las oscuridades del alma que opacan su cristal, donde Teresa vio brillar la figura de Cristo (1M 2,4), hacia el centro del yo, lugar del secreto, donde duerme la fuente (Gn 2,6), brilla el sol (Ap 21,23 y germina el árbol³⁸ (1M 2,1-3)³⁹, que remiten, al jardín del Génesis, al paraíso del Apocalipsis o al río de agua viva, de Génesis, Salmos y Apocalipsis. Esas figuras bíblicas denotan las experiencias que va adquiriendo el seguidor en su proceso de interiorización, que se realiza en la medida en que se va identificando con el Señor. La expresión: «Fijos los ojos en Cristo», está cargada de contenidos de seguimiento. Es un término bíblico que Teresa asume con normalidad. Fijos los ojos y caminar aprisa remiten a vocablos similares bíblicos empleados para el discurso de las llamadas.

Pero este camino sólo se podrá llevar a cabo después de que Jesús le haya rehabilitado como al paralítico de la piscina de Betesda, que recuerda Teresa (1M 1,6-8)⁴⁰. Al igual que aquel, el alma emprende el nuevo éxodo hacia los torrentes de Cristo, que Juan rememora (7,37-39) y también Teresa (7M 2). El camino se dirige al lugar del ensueño donde se construye el hombre interior (1M 1,8). Cristo quiere realizar otra vez una historia de amor como la de Pablo o la de Magdalena (1M 1,3), a quienes alude aquí la Santa, como figuras modélicas, mostrando así la pasión por Cristo que Teresa quiere imprimir ya en los mismos umbrales de *Moradas*.

También la figura del paralítico encaja aquí perfectamente. La palabra paralítico expresa de inmediato la idea de camino a recorrer, y la

³⁸ En 1M 2,2 identifica el árbol con el del Salmo 1,3.

³⁹ Gn 3,22; Sal 1,3; Ap 2,7; 22, 1-2.

⁴⁰ Jn 5,2-8.

piscina, la meta, que no es otra, que Cristo. La piscina en el evangelio de Juan alude al mismo Cristo, como interpretan no pocos especialistas. Teresa inserta aquí todo un lenguaje de seguimiento a través de relatos o figuras claves del Nuevo Testamento, con un fino instinto exegético más intuido que tematizado⁴¹.

Hasta el propio conocimiento, específico de esta morada, lo ve plasmado en el de Dios, pero expresado en Jesús: «Mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes» (1M 2,9)⁴²; texto que evidentemente Teresa afirma de Jesús, a quien considera modelo a imitar. El camino de la profundización, del recogimiento es el del seguimiento. Veremos que de este modo Teresa cristificó la mística y la hizo cristiana.

2.2. PREANUNCIOS DE PRESENCIA A RITMO DE SEGUIMIENTO

Ya en estas *Moradas* segundas se va a presentir de forma más precisa el camino del seguimiento, que se formulará específicamente en las siguientes, sobre todo, en las terceras, en que se utilizará no sólo una determinada simbología de esta temática, sino también terminología específica.

Aquí se perciben por primera vez las voces de Dios (2M 1,2), y el seguidor se deshace por obedecerlas. No olvidemos que el seguimiento se especifica por la obediencia a una llamada. Pero, por otra parte, se levantan los gritos del mundo que le reclaman. En este escenario se produce una lucha atroz. Entonces se comprende la advertencia del evangelio de que sin él no podemos hacer nada (2M 1,6)⁴³, pues de otro modo sería construir la casa sobre arena (2M 1,7)⁴⁴ como rememora nuestra autora, pegada siempre a ellos y en este caso a textos vocacionales.

Ante esta perspectiva suplica al Señor que por su sangre derramada por nosotros (2M 1,9) nos arrastre hacia sí. En el párrafo final de esta *Morada* se halla la raíz de la misma. Es un texto de gran intensidad y

⁴¹ S. CASTRO, «El entramado bíblico», a.c. pp. 85-87.

⁴² Socratismo esencialmente cristológico. Conócete a ti mismo desde Cristo o, mejor, en Cristo.

⁴³ Jn 15,5.

⁴⁴ Mt 7,26-27.

conciencia crítica, al que se le añade una súplica vibrante, configurada con tres citas evangélicas. Son llamadas entrecruzadas de Cristo y clamores del discípulo.

La advertencia de Teresa se formula así: «Pues si nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer ni hacer obras en su servicio» (2M 1,12). De nuevo el mirar a Jesús, tan teresiano, que ya apareció en la primera morada, y que veremos en la séptima (4,9). Teresa vincula la mirada al seguimiento como puede observarse o, mejor, el mirar ya es una forma de seguir. Un mirar para ser imantados. Esta actitud recuerda la historia de Jesús que con su mirada llamaba. Ahora es el discípulo quien debe mirar la vida y la historia de su Maestro.

La advertencia teresiana finaliza con una súplica compuesta de tres pasajes evangélicos, dos de Mateo y uno de Marcos: «Plega al Señor nos de entender lo mucho que le costamos, y como no es más el siervo que el Señor, y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar para no andar siempre en tentación» (2M1,12).

El primero de Mateo (10,24) enseña que la cruz es una de las características del seguimiento. Porque es ineludible que el discípulo se revista de las mismas condiciones de cruz que su Maestro. El siguiente, también de Mateo, presenta a Jesús en el huerto de los olivos exhortando a sus discípulos a la oración (26,41). La oración, que ha surgido como nuevo estilo del alma en esta morada, es esencial para no sucumbir a esas tentaciones que la atormentan. La actitud de Jesús en esas circunstancias muestra al discípulo que su refugio es la oración. Finalmente, el texto de Marcos (10,17) con su historia del rico atormentado, que le pregunta a Jesús sobre los modos a adoptar para alcanzar la vida eterna. Aquí se remite a una mera alusión; sólo se insinúa, más adelante, en terceras moradas lo constituirá en el emblema del seguidor. Pero, como decimos, ya Teresa nos va predisponiendo para ese momento.

El recuerdo del hijo pródigo (2M 1,4)⁴⁵, de los Zebedeos (2M 1,8)⁴⁶, y de la paz ofrecida en el Cenáculo (2M 1,9)⁴⁷, muestra las actitudes y sentimientos cristológicos que deben impregnar al discípulo en su camino hacia la integración en Cristo. Las alusiones bíblico-teresianas se

⁴⁵ Lc 15,16.

⁴⁶ Mt 20,22.

⁴⁷ Jn 20,19-21; Lc 24,36; Mc 9,50.

refieren a momentos o enseñanzas de los evangelios con gran peso en la teología de la llamada.

Así, el seguidor se dirige a la tierra⁴⁸ de promisión, que a tenor de su discurso es la morada de Cristo, donde se encuentra todo, y que, como ya sabemos, se halla en nuestro interior, donde resplandece el Resucitado. Por consiguiente, la «tierra» (de promisión) es otro elemento constituyente del yo. Buscar la interioridad, el recogimiento, llegar a lo más hondo de nosotros mismo es marchar hacia la tierra prometida. De este modo Teresa hace místico otro elemento constituyente de la historia de la salvación. La luz del evangelio responde a los clamores del yo. Una vez más, ontología, mística y Biblia se reclaman, se añoran y, finalmente, se fusionan.

2.3. EL JOVEN RICO DEL EVANGELIO EN LAS MORADAS

Teresa ahora va a fijar su mirada en el rico que no siguió a Jesús. Ella cree que es la figura que mejor representa el contenido de este nuevo espacio⁴⁹. «Desde que comencé a hablar en estas *Moradas* –dice– le traigo delante» (3M 1,5)⁵⁰. La llamada de Jesús se dirige a todos, pues la perfección de que habla Mateo se refiere a ese complemento final que pone el NT sobre el Antiguo. La enseñanza de Jesús sobre las riquezas son para todos sus seguidores, aunque las formas de responder a la misma sean diferentes. Posiblemente en este caso el joven rico era alguien a quien llamaba Jesús al estilo de los Doce⁵¹. Teresa ha captado el contenido del pasaje, no reduciéndolo a una llamada concreta, sino abriéndolo a dimensiones universales, al igual que ha hecho con sus *Moradas* como se infiere de no pocos pasajes (3M 1,5; 2,3-6; 7M 2,10).

Las terceras *Moradas* nos sitúan, pues, en el camino del discipulado. La alusión a dejar las redes de San Pedro (3M 1,8)⁵², afianza todavía más esta idea. Es la respuesta natural a lo que él hizo por nosotros. Un texto

⁴⁸ La Santa sólo escribe tierra (2M 1,9), pero es evidente que, como señaló Gracián, se refiere a la tierra de promisión; cf. 6M 5,9).

⁴⁹ Cf. JESÚS CASTELLANO, *Il cammino del cristiano*, o.c., pp. 170-172.

⁵⁰ Mt 19,16-22.

⁵¹ Cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, *El sorprendente Jesús de Marcos. El evangelio de Marcos por dentro*, Madrid-Bilbao 2008², pp. 271-280.

⁵² «Y dejamos todas las cosas del mundo y lo que teníamos, por Él (aunque sea las redes de san Pedro)» [Mt 4,18-20; 19, 27]; cf. Además 3M 2,4 (Mt 19,21).

al respecto fija la orientación que ella da al llamamiento evangélico en esta *Morada*: «Que podemos hacer –dice– por un Dios tan poderoso, que murió por nosotros y nos crió y da ser, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo que le debemos por lo que nos ha servido... que no hizo otra cosa todo lo que vivió en este mundo» (3M 1,8).

Y enseguida nos invitará también a la «desnudez» y «dejamiento» de todo (3M 1,8), palabras que resuenan a las de Jesús cuando fija con nitidez las condiciones del discipulado (Mc 8,34-38), y a cuanto hicieron los primeros llamados como reflejan los evangelios (Lc 5,11). E invitándonos a la humildad, recuerda aquí la enseñanza del Señor, quien nos advierte que, después de haber hecho todo, nos consideremos por siervos sin provecho, inútiles (3M 1,8)⁵³, y siempre dependientes de él (3M 1,8)⁵⁴. Textos muy teresianos y de profundo sabor evangélico en la línea de la llamada, que Teresa contempla como gracia y don, en afinidad con la atracción agustiniana. Por eso ella nos invita a dejarnos llevar por esa fuerza, que nos impele a ir de prisa tras él, por la inmantación de su presencia: «Nosotras de sólo caminar aprisa (apriosa) por ver este Señor» (3M 2,8). Ese «apriosa» señala sin reservas la modalidad de seguimiento que quiere imprimir, y para ello ninguna actitud mejor que la que adoptó Tomás, apóstol de Jesús, cuando invita a sus compañeros a subir a Judea a morir con él (3M 1,2)⁵⁵. Texto que introduce Teresa al principio de estas terceras *Moradas*, cuyo centro focal, ella sitúa en el seguimiento evangélico. Pero enseguida observará que la mejor forma de seguir hasta morir con Jesús, se halla en el cumplimiento de la voluntad de Dios (3M 2,6). Y aquí la referencia teresiana es a Getsemaní (Lc 22,42) y posiblemente también al Padrenuestro (Mt 6,10).

Tal observación viene muy bien a estas personas de terceras *Moradas* que se han imaginado, y así tratan de vivirlo, un cristianismo organizado, –concertado– lo denominará ella (3M 1,5). Les sucede un tanto lo que acontece en los evangelios, En la primera parte de los mismos parece que el proyecto que presenta Jesús es el de una nueva fraternidad, liberar a la humanidad de la enfermedad y distribuir justamente las

⁵³ Lc 17,10.

⁵⁴ Lc 12,48. Curiosamente recuerda aquí Teresa: «Unos trabajos interiores que tienen muchas almas buenas, intolerables y muy sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia» (3M 1,5). Se trata de un regalo anticipado de la noche oscura, con el que el Señor acelera el seguimiento.

⁵⁵ Jn 11,16.

riquezas. Se trataría de un humanismo seductor. El problema surge en la segunda parte, cuando Jesús presenta la necesidad de la cruz. De igual manera aquí, Teresa observará que la voluntad de Dios no pocas veces desconcertará este concierto de vida, que los actores de terceras *Moradas* se han organizado. Pero ellas, no descubrirán su presencia por estar todavía muy ligadas a la mundanidad. La cita bíblica encaja perfectamente en este lugar, porque nos hace ver que también el Padre, con la permisión de la crucifixión de su Hijo, desconcertó el proceso mesiánico (Mc 14,36). Se entiende, por esto, que Teresa pida al Señor que pruebe a estas almas para que se conozcan a sí mismas (3M 1,7).

Una vez más la Santa ha enmarcado otra *Morada* en Jesús. Todo surge de contemplarlo y de ver lo que ha hecho por nosotros. Su entrega y el cumplimiento de la voluntad del Padre, avivan en el sujeto de terceras *Moradas* el anhelo de seguirlo, más aún, de ir a morir con Él, y no adoptar la actitud del joven rico, discerniendo nuestros más ocultos apegos y rindiendo nuestro corazón solo a aquel que «murió por nosotros, y nos crió y da ser... y que nos ha servido... que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo» (3M 1,8). Así Teresa enmarca el dinamismo de terceras *Moradas* en el mismo corazón de la llamada. Exponentes principales de esto son el texto de Juan (11,16) con referencia a Tomás y el de Mateo (19,16-22) al joven rico, junto con el canto de Teresa a la entrega de Jesús al hombre (3M 1,8). Las terceras *Moradas* son puro seguimiento evangélico.

Simplificando un poco las cosas, podríamos resumir el proyecto teresiano hasta este momento, de la siguiente manera: la primera morada nos presenta el Génesis (Paraíso), al que tenemos que volver por un largo éxodo –segundas moradas–, que evangélicamente se realiza por el seguimiento de Cristo –terceras moradas–. Si rompemos el cerco de contentarnos con un seguimiento no radical, prudente, de componentes, en las próximas *Moradas* Cristo se manifestará como buen Pastor que nos conducirá a pastos abundosos y a manantiales de agua. Se nos dará a sí mismo; nuestro ser se va a abrir a una nueva humanidad. La ciudad que llevamos dentro se va a iluminar, brotará aquí abajo, la nueva Jerusalén⁵⁶.

⁵⁶ S. CASTRO, «El entramado bíblico», a.c. p. 91.

2.4. LA ORACIÓN DE RECOGIMIENTO Y DE QUIETUD Y LA LLAMADA DEL BUEN PASTOR

Teresa abordará en estas *Morada* la oración de recogimiento infuso y de quietud⁵⁷. Aunque primeramente se referirá a la oración de recogimiento adquirido. Todas ellas no son más que experiencias cristológicas como veremos enseguida.

El recogimiento adquirido, lo analiza aquí de paso. En realidad, este grado oracional pertenece a la sección anterior, es decir, a las terceras moradas. Ahora se limita a determinar su contextura, sin detenerse en el análisis interno. Habla de él en *Vida y Camino* donde el centro del mismo es Cristo (V 12.2-3; CE 47,1; cf 48,3). El orante fija su mirada y su corazón en la persona de Jesús, en cuyas profundidades termina siendo atrapado. Unas breves referencias nos bastan para comprenderlo: «Puede representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad y traerle siempre consigo» (V 12,2). Para terminar en aquel momento en el que el recogimiento alcanza su cumbre: «Se esté allí con Él. Acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira» (V 13,22). Este recogimiento activo, como vemos, lleva implícita una gran carga de seguimiento ya que prepara para recorrer la vida de Cristo y hacer de ella el emblema de la del discípulo. Mirar a Cristo para Teresa no sólo se refiere a mirar su persona, implica también hacerlo a su historia como se puede ver en textos paralelos. Así, hablando de las diversas cosas que deben ser meditadas para ayudarnos a orientar nuestra vida, observa: «Y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión y vida de Cristo, que es desde nos ha venido y viene todo bien» (V 13,13).

El recogimiento adquirido teresiano es fundamentalmente crístico, y no hace falta decirlo, con una marca muy profunda de su Humanidad. La referencia a la Humanidad está en función del sentido de la encarnación, y, por consiguiente, con relaciones muy estrechas con el seguimiento. Así entiende Teresa fundamentalmente la Humanidad del Señor,

⁵⁷ Nota explicativa. Los capítulos segundo y tercero están un tanto entremezclados. Por eso los estudiaremos juntos comenzando por la primera parte del tercero. Teresa describe primero la oración de quietud (cap 2), pero al comenzar el tercero dirá que antes de la quietud se da una oración que se denomina recogimiento (3,1-8). La describe y continúa después con los efectos de la oración de quietud (3,9ss), de la que habló en el capítulo 2.

que especifica mediante los textos joánicos que le sirven para justificar su presencia en los procesos místicos, Pero estos procesos Teresa los enraíza en las Escrituras, sobre todo en los evangelios. En *Vida* 22 y en sextas *Moradas* 7 da razón de los fundamentos bíblicos de su cristopatía, que son en general textos de seguimiento.

Pero el estilo oracional que caracteriza a estas *Moradas* son la oración de recogimiento infuso y la de quietud. Dos formas de llamadas en que la persona se siente llevada como en volandas a los misterios del Señor. Es la mística. Así describe la oración de recogimiento: «Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia, quiérellos tornar a él y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo» (4M 3,2). Es el dulce arrastrar del Señor al discípulo, al que sumerge en su yo. Es la atracción de la gracia de la que habla san Agustín. Estamos ante la mística del seguimiento. El comentario agustiniano no tiene precio⁵⁸. Es la llamada del Señor que atrae a la respuesta, que impele hacia su persona. La decisión del discípulo aquí se hace dulce, no estamos en el caso de la llamada del joven rico que sintió más fuerte la atracción de los bienes materiales. Su amor a Jesús era débil, ante el rostro de ellos su corazón vaciló. En cambio, para el seguidor de la oración de quietud, la llamada es regeneradora, imanta y vence sin sentirlo el peso de lo mundano. Se descubren las cosas por dentro y su dependencia del Creador. Es un despertar de la verdad, que se impone a las exigencias del corazón. Estamos en la dinámica del seguimiento, pero en su modulación pasiva.

El texto remite a Juan, al pasaje del buen Pastor (10, 1-21) y posiblemente a Gálatas 2,20. El Rey, que está en la morada central, aquí se reviste de pastor o mejor se hace pastor. No podemos olvidar que el Rey-Pastor de ahora, es aquel Cristo resucitado que Teresa contempló en *Vida* 40,5. Teresa sigue implacable la unidad cristológica del relato. Todo surge de ese interior donde ella vio al Señor llenándolo de luz. El Rey, Pastor, llama a sus ovejas con un silbo, que les da a conocer su voz. El seguimiento se modula sobre la imagen del pastor que llama a sus ovejas a la experiencia profunda de Jesús y del Padre según la teología

⁵⁸ Tratado 26,4-6: CCL 36, 261-263.

joanea. También las ovejas van a ser llamadas a tenor del salmo 23, que se esconde en el relato joaneo, a las verdes praderas y a las fuentes tranquilas. Veremos cómo en el discurso de Teresa se encuentran estas mismas asonancias.

En el relato evangélico (10,3-4.14ss), el conocimiento de la voz del pastor que llama remite al de la persona. Conocer en la Biblia implica siempre al corazón. El entendimiento no ha terminado su función hasta que no se ha dejado penetrar enteramente por el corazón. «Hay más que una simple analogía entre el conocimiento que Jesús tiene de sus ovejas y estas, de Jesús, ya que él lo compara con la relación que él tiene con el Padre, porque el amor del Padre y del Hijo es la fuente misma del conocimiento y del amor de Jesús y los suyos»⁵⁹.

Teresa hablará de ese silbo que conduce a la voz. Esa voz es portadora de una llamada. Se trata indudablemente del seguimiento al que se refiere Juan. Todo el capítulo joaneo del buen Pastor constituye una verdadera teología de la llamada. Teresa ya nos había hablado del seguimiento en las terceras *Moradas*, que indudablemente coincide con el de Jesús en los sinópticos; este, del que estamos hablando, tiene parecidos con el de Juan, al que los autores sitúan en estadios superiores. Con toda seguridad la Santa desconocía estas disquisiciones, pero su fina intuición bíblica le permitía situar los textos de manera certera. En las cuartas *Moradas* nos presenta su seguimiento al estilo del cuarto Evangelio. La fascinación de Jesús arrastra al discípulo.

Y al igual que las ovejas se recogen en torno a Cristo, ahora lo harán los sentidos. Se acercan a él metiéndose en el castillo. No llegan a la morada principal, pero ya están en el ámbito de Cristo, no digo redil, porque Juan se opone a usar esta palabra (10,16)⁶⁰, por la gran libertad y anchura de ser que allí se produce. Esto hace que las cosas exteriores no les atraigan y corran presurosos a Cristo: «Desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo» (3M 3,2).

Aquí Teresa no hablará de conocimientos especiales por parte del discípulo. El entendimiento se llena de la luz de Cristo y toda la realidad se percibe desde esa iluminación sobrenatural. Más tarde se le dará el conocimiento del Padre del que habla el relato del buen Pastor. Por el

⁵⁹ S. CASTRO SÁNCHEZ, *Evangelio de Juan. Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2008³, 194. Cf. ID. *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*, Comillas-Desclée, Madrid-Bilbao 2005³, 234.

⁶⁰ «Y escucharán mi voz: y habrá un solo rebaño, un solo pastor»

momento se contentará con quedar prendado de la voz del Pastor, al que sin más se siente impulsado a seguir y a dirigirse a su recinto, que en este caso es Jesús mismo: el reino de Dios que Juan identifica con Jesús, la así llamada «autobasileia»

Ahora Teresa nos hablará de otra llamada, que toca la afectividad del discípulo quedando de alguna manera absorbida por la del Maestro. Es la oración de quietud que ella define de esta manera: «Estotra fuente, viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como Su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón –digo en su principio, que después todo lo hinche–, vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias hasta llegar al cuerpo».

Ella siempre refiere el tema del agua al relato de la Samaritana (Jn 4, 1ss) o a las palabras de Jesús en la fiesta de las Tiendas (Jn 7,37-39). En ambos lugares se hace alusión al crecimiento del agua hasta desbordar. Los dos relatos están íntimamente correlacionados en el evangelio de Juan. El último estadio del agua viva se convierte en la proclamación de Jesús, en la solemnidad de los Tabernáculos, en el Espíritu Santo que recibirán de él los creyentes. El contenido de la experiencia teresiana hay que relacionarlo más bien en este momento con el agua de la Samaritana (Jn 4, 1ss). Pero aquí también el agua futura se identifica con el Espíritu. Conviene no olvidar que ya dijimos, hablando de las primera *Morada*, que entre las realidades que Teresa detectaba en el centro del yo había una fuente, que allí identificábamos con Cristo. La fuente ahora se desborda e inunda toda la persona. Esta misma fuente la veremos en sextas *Moradas* (5,3) convertida en mar, donde apenas consigue bogar la navecica del alma por la impetuosidad de las olas, que más adelante se convertirán en un abismo donde quedará totalmente sumergida (7M 2,8).

No es necesario decir que en ese centro donde surge ahora el manantial ha situado Teresa a Cristo (7M 2,2). Cristo, pues, es la fuente que inunda todo el ser. Cristo es el agua de la oración de quietud, y la que brota incontenible en el sueño de las potencias (V 16,1, cf. 4M 3,11). Crece el pozo de la Samaritana, que se convertirá en una fuente que llega hasta niveles de vida eterna, crece el seno del cristiano inundado por los torrentes de Cristo. Quizás esto es lo que se quería insinuar en el libro de los Números según sugerencias de Juan, en el famoso canto del

pozo: «Entonces Israel entonó este Cántico: ¡desborda, pozo! Cantadle» (Nm 21,14).

La posible alusión a la Samaritana o a las fiestas de las Tiendas sitúa el pesaje en profundo contexto de seguimiento joánico, con la invitación concreta a saciar la sed que agosta el corazón. Así el Rey-Pastor como el del salmo 23 ha conducido su rebaño a las fuentes tranquilas, que son él mismo, ha llevado a sestar y abrevar a sus ovejas a sí mismo, a la experiencia cristológica. Aquí la meta del seguidor como en el caso de algunos Salmos, de Ezequiel y de Juan es a las fuentes de las aguas, al agua viva de Cristo.

Evidentemente la oración de quietud se sitúa en el relato de Teresa en ámbito de seguimiento. Cristo está abriendo a la persona a nuevas dimensiones que la capacitan para acoger llamadas más profundas. No se trata ya sólo de seguir, sino de seguir en una determina faceta del misterio. Se está entendiendo el seguimiento como experiencia colmante del Señor. La oración de quietud se comprende precisamente así, como plenitud saciante. Es el clamor de Jesús en la fiesta de las Tiendas que invita a beber hasta desbordar. Esto significarán los torrentes que broten del creyente. Este dato evangélico se encuentra muy presente en la literatura teresiana.

Otra experiencia de esta *Morada* nos hará descubrir que el Rey y el Pastor se convierten en el Esposo del alma. Así ella al igual que Juan siembra de títulos cristológicos sus relatos, presentando la figura de Jesús desde perspectivas atrayentes, bíblicas, y sugeridoras de saciar las ansias incoercibles del corazón. He aquí la referencia: «Entiende una fragancia –digamos ahora– como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echan olorosos perfumes» (4M 2,6). Son los perfumes del novio del Cantar: «¡Qué suave el olor de tus perfumes./ Tu nombre, aroma penetrante» (Ct 1,3). También estos perfumes se sentirán con más intensidad en sextas *Moradas*. Es otra forma de llamada y de seguimiento que remite al Cantar.

Las cuartas *Moradas* en su doble modalidad manifiestan la gracia del seguimiento en forma pasiva, que no se suele tener en cuenta de manera expresa cuando se habla de las llamadas evangélicas, en las que ciertamente se tiene presente que la iniciativa parte del Señor, pero enseñuida se recalca la respuesta activa que debe dársele. Aquí la llamada y la respuesta son de él. Con toda propiedad podríamos considerar ya este estadio teresiano como mística vocacional, que señala la misteriosidad de la llamada, al dirigirse primeramente a la comunión con Jesucristo,

desde donde recae después en los diversos ministerios. Pero la llamada se orienta ante todo a la experiencia de la persona. Sólo desde la mística se descubre que la realidad tiene un interior, y hasta que no se alcanza, tanto el conocimiento como el amor, no se realizan porque no traspasan la periferia del ser.

2.5. LA BODEGA DEL CANTAR, EL CENÁCULO Y EL SEGUIDOR DE JESÚS

La experiencia de unión, propósito de las quintas *Moradas*, consiste desde el punto de vista psicológico en que Dios ya no sólo se hace presente en el entendimiento (recogimiento), ni sólo en la voluntad (oración de quietud), sino que llega a la fantasía y absorbe también las otras dos facultades (5M 1,4). El hombre queda profundamente centrado en lo divino. En fin, con frase de Teresa es como quien «ha muerto al mundo para vivir más en Dios» (5M 1,4). No se olvide que estamos en plena mística. Y aquí Teresa, como veremos más adelante, introducirá la fuerza del evangelio para reducir la mística a lo cristiano y hacer ver que la raíz de toda experiencia profunda es el seguimiento y en concreto, el mandamiento del amor en su doble dimensión. Pero de esto nos ocuparemos más, enseguida.

Se comienza describiendo esta oración como una mirada de Dios sobre el alma, fija, arrebatadora, penetrante, que ya nunca se puede olvidar, de ensueño divino: «Fija Dios a sí mismo en el interior de aquel alma» –afirma– (5M 1,9). El Señor ha terminado de absorber al seguidor en sí mismo, y, como también veremos, en los hermanos. Teresa introduce aquí el precepto del amor al hermano como un elemento constituyente de este estadio y discernidor a la vez. De tal modo esto es así que el mandamiento del amor al otro, llevado a su término, introduce a la persona en las *Moradas* quintas; no hace falta ningún otro requisito.

La raíz del seguimiento es la llamada del Señor y esta se produce con una mirada. El mirar de Jesús es fundamental en la espiritualidad del Nuevo Testamento. En las quintas *Moradas* también esta mirada de Dios o la fijación de su persona es muy significativa, pues le permite conocer su amor hacia ella. Aquí además la presencia del Señor se sella en el corazón del seguidor.

Que esta mirada de Dios sea la de Cristo, se evidencia, porque aludirá a ella en las *Moradas* sextas y allí la identifica con la del Señor. Así éste recoge todas las potencias del hombre en él. Es una mirada

que enamora: «un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener estando en el cuerpo, deleitosa (5M 1,4). Y todo esto está aconteciendo en lo profundo del ser, en eso que ella denomina la bodega del Cantar (5M 1,13)⁶¹, y el cenáculo, donde se hizo presente Cristo resucitado, cerradas las puertas (5M 1,13)⁶², o su sepulcro de gloria (5M 1,13). Símbolos y alusiones claras al discípulo, que nos dejan entender que la mística teresiana –no olvidemos que las quintas *Moradas* son ya pura mística– surge de la relación con la revelación de Jesús, es plenamente bíblica. Tampoco debe olvidarse que Teresa de Jesús remonta sus orígenes al judaísmo.

No sólo cristologiza la bodega, también lo hará con la misma experiencia de las *Moradas* ayudándose de la figura del gusano de seda y su proceso. Dice: «Comienza a labrar la seda y edificar la casa donde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído que nuestra vida está escondida en Cristo u en Dios –que todo es uno– o que nuestra vida es Cristo» (5M 2,4)⁶³. Y así Cristo mismo se convierte en nuestra morada: «Que Su Majestad mismo sea nuestra morada» –añade– (5M 2,5). El seguimiento de Jesús termina así en unidad con él; ya no se camina detrás, se va a la par, a su ritmo y en cabeza.

Teresa ahora se para un momento a considerar los deseos de apostolado que están surgiendo en esta alma, y salta a los de Cristo así como a sus sufrimientos por las ofensas que se hacían a su Padre; que ella juzga serían más atroces que los de su misma Pasión (5M 2,14). Aquí se produce por primera vez el verdadero apostolado del seguidor.

La unión mística o regalada, como la llama también, tiene otra correlativa⁶⁴, que puede ser de mucho consuelo para aquellos que deploran no haber gustado la mística. Se trata de la unión de voluntad (5M 3,7)⁶⁵, que a su juicio produce la misma densidad religiosa que la otra, y que además ofrece mayor seguridad (5M 3,3). Y ahora nuestra mente se

⁶¹ Ct 2,4; «Y dice también que andaba buscando a su amado por una parte y por otra» (Ct 3,2) [5M 1,1].

⁶² Ct 1,3; Jn 20,19.26.

⁶³ Col 3,3-4.

⁶⁴ Cf. JESÚS CASTELLANO, *Il cammino del cristiano*, o.c., pp. 174-177.

⁶⁵ En la unión de voluntad según Teresa consiste la perfección evangélica (Mt 5,48), que es lo mismo que Jesús pidió al Padre para nosotros: «Ser unos con El y con el Padre (Jn 17, 22) [5M 3,7].

dispara a la otra Teresa, a la de Lisieux. Hace Teresa aquí memoria de la famosa petición del Padrenuestro y de la aceptación de la voluntad de Dios por parte de Jesús a lo largo de los evangelios, pero sobre todo en Getsemaní (5M 3,7).

Aunque ya lo ha dicho, ahora, con esta afirmación tan rotunda, en que se une la mística con la ética, quiere señalar una vez más la vinculación de su experiencia con las tradiciones centrales del Nuevo Testamento, pues la unión mística se resume para ella principalmente en el mandamiento del amor; en la doble línea de la primera de Juan⁶⁶, deteniéndose largamente en su explicación. Podíamos resumir su pensamiento en estas palabras: «Si entendiérais lo que nos importa esta virtud –la caridad fraterna–, no traeríais otro estudio (5M 3,10). Y curiosamente, nos recuerda aquí la oración sacerdotal en la que Jesús pide al Padre la unidad de los suyos (5M 3,7)⁶⁷. No deja de ser sorprendente esta afinidad entre mística y Nuevo Testamento, entre mística y caridad en todas sus variedades. Esta vinculación nos habla también una vez más de que el seguimiento es el cauce por donde llega y se desarrolla la experiencia.

Finalmente, comienza a orientar el discurso por la imagen del matrimonio, de claro signo bíblico, sobre todo del Cantar: «Ya tendréis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente» (5M 4,3).

En el estadio presente no tendrá lugar todavía lo que Teresa denomina desposorio (6M), ni matrimonio (7M); se trata del primer encuentro que produce el enamoramiento (5M 4,4); «vengan a vistas» (5M 4,4). Es la preparación inmediata para el desposorio, que tiene como término de referencia a Jesucristo. La *Morada* entera, pues, en todos sus extremos, se asienta en él. El seguimiento que en esta *Morada* toma la forma de unión de voluntades, va a adquirir enseguida esa modalidad en forma nupcial, que según las Escrituras es una de las más profundas. El seguimiento se convierte así en experiencias indecibles del otro, esencia del mismo, desde donde el discípulo con Jesús y desde Jesús convierte y atrae al mundo. El seguidor está tocando las raíces de la vida y las fuentes del apostolado. Ahí comienza de verdad a ser fecundo. Sólo desde aquí colabora a que todos sean uno con Jesús, como acabamos de ver

⁶⁶ 4,7-21.

⁶⁷ 17,21-22.

que pide Teresa, en sintonía con la oración sacerdotal de los discursos de la cena.

2.6. CRISTO, CAMINO, VERDAD Y VIDA DEL SEGUIDOR

Tan importante fue el período de vida espiritual que recogen las sextas *Moradas*, que Teresa dedica a él tantas páginas como a todas las otras juntas. Sólo ese dato nos deja entender el gran significado de este tramo. En estas sextas *Moradas* Teresa explica el tema místico del desposorio que tiene lugar en Jesucristo y con un significado especial de su sagrada Humanidad. El desposorio místico corresponde por otras denominaciones al período iluminativo. El seguidor entra en la comprensión de su Señor al estilo del discípulo evangélico que oyó y vio a Jesús. Ahora serán las visiones y palabras del Señor las que repetirán esa historia. Nunca se ha puesto suficientemente de relieve esa coincidencia. Las llamadas visiones místicas teresianas, así como las hablas (palabras místicas del Señor a Teresa), tienen un gran parecido con la predicación de Jesús o con las palabras que el dirige a sus discípulos y con la visión que estos van teniendo de él en la vida pública, y en el tiempo de pascua a través de sus apariciones.

Nada menos que tres capítulos por entero están dedicados a él. El siete aborda el sentido de su Humanidad en la vida espiritual. Tema polémico entonces. Ella, apoyada en su experiencia, en textos de la Sagrada Escritura⁶⁸ y en el testimonio de los santos⁶⁹ adoptó una postura radical. Afirmará sin reservas que Jesucristo en su Humanidad y Divinidad es la fuente de la mística. Su presencia debe ocupar todos los espacios de la vida espiritual (6M 7,15). Esto quiere decir que no hay posibilidad de encuentro con Dios, si no es a través de Jesucristo. El capítulo séptimo de las sextas *Moradas* pone de relieve que el ascenso místico se realiza teniendo presente a Jesús en todo el tramo espiritual. Una vez más Teresa fija la clave del ser cristiano y del ser místico en la radicalidad evangélica, en seguir a Jesús, en dejarse moldear por él y en esperarlo todo de su gracia. El desacuerdo con estos principios imposibilita la perfección cristiana y aboca a un tipo de mística vacía, de la que ella puede hablar con gran autoridad.

⁶⁸ Jn 14,6; 8,12; 14, 9.

⁶⁹ 6M 7,6.

Los capítulos ocho y nueve confirmarán cuanto acabamos de decir. Son textos muy bien traídos aquí. Con ellos introduce en la mística la vida pública de Jesucristo y también el tiempo de pascua. Estas visiones de diversa índole y las locuciones quieren acercar aquel momento al seguidor de Jesús. Al discípulo de cualquier época según la mística teresiana, se le ofrece la posibilidad de entrar en contacto en vivo con la historia de Jesús. De esta forma la mística, lejos de distanciarle de las fuentes bíblicas, le sumerge más en ellas, pues le da la posibilidad no solamente de conocerlas, sino incluso de gustarlas, haciendo ver cómo Jesucristo a través de apariciones intelectuales e imaginarias llena de luz y de vida el camino místico. Estos tres capítulos fundamentales fijan la estructura crística de las sextas *Moradas*.

A estos habría que añadir el tercero, que se refiere a las hablas, ya mencionadas. Curiosamente a estas alturas de la experiencia se le dará a entender que aquellas palabras que escuchaba en su interior, la mayoría de las veces procedían de los labios de Jesús (6M 8,2)⁷⁰.

El capítulo cuarto, por su parte, narra el desposorio que se realiza con Jesucristo. Los capítulos cinco y seis son derivaciones de la experiencia de desposorio, expresadas en percepciones altísimas de Dios y de la Santa misma, que ella denominará joyas del Amado. Los restantes capítulos, como veremos, quedan transidos de Cristo y tensionados hacia él. Cuando decimos Cristo, se incluye siempre su Humanidad. Este canto a la Humanidad del Señor de sextas *Moradas* es la proclamación de que la historia de Jesús no sólo es imprescindible para la maduración cristiana, es su misma fuente y origen.

Dicho esto, veamos cómo se desarrolla el proceso crístico del seguimiento a lo largo de este tramo. Se inicia al sentirse el alma herida por Cristo. La llamada es más intensa que nunca, toca más dentro. Ya no sólo es la voz del maestro, es la del amigo, la del amante (6M 1,1). La herida es efecto de aquella mirada que la enamoró en las quintas; la tensión amorosa cobra aquí velocidad de vértigo por los requiebros, que desde el fondo del ser, donde le hemos contemplado tantas veces, envía el Esposo (6M 2,1). Estamos en un tipo de seguimiento que bien podemos caracterizar de cualificado.

⁷⁰ Estas palabras son entendidas «en el Espíritu de verdad» (6M 3,16) [Jn 14,17; 15,26; 16,13].

Estos requiebros tan vivos, antes, silbos del Pastor, terminan por convertirse en sextas *Moradas* en hablas. Son –dice Teresa– «Unas hablas con el alma de muchas maneras» (6M 3,1), alcanzan y penetran todas las zonas del yo, y traspasan el espíritu como luces incandescentes y amores de fuego. Baste decir que aquella fuente que veíamos en el fondo del yo, ahora se hace mar (6M 5,3). La palabra que efectuaba la llamada hasta ahora, ha ido haciéndose más intensa. Tanto que se la puede calificar de «saeta»⁷¹.

El alma no resiste tantos ímpetus y cae en profundo arrobamiento. En medio de uno de ellos tiene lugar la alianza de desposorio (6M 4,2). La experiencia se deja sentir de muchas maneras. Una se refiere a las centellas que brotan de aquel centro de los perfumes, que hieren y abrasan en amores de Cristo, purificando y disponiendo para la unión. Una forma mística de decir que la llamada se hace irresistible porque es acogida ya desde un amor intenso. El reclamo en este caso remueve el yo del otro que ya se halla predispuesto para el encuentro. El seguimiento aquí se sitúa en la línea del Cantar de los Cantares.

Desde esta profunda experiencia cristológica extenderá su mirada a la historia de salvación (6M 4,6-7) y comprenderá lo de Moisés en la zarza y lo de la escala de Jacob. Como ya dijimos, en los capítulos cinco y seis Teresa recibe experiencias muy intensas, que ella denominará joyas del Esposo (6M 5,11). Una de ellas se constituye por un gozo muy especial, que se deja sentir en todas las zonas del ser, como si todas se pusieran a entonar un cántico nuevo entre aromas y melodías extrañas (6M 6,10). Es la experiencia de la persona de Jesús en el seguidor al que envuelve con su Espíritu. Cristo y el discípulo se hallan en sintonía de sentimientos. En esta carrera por seguir a Cristo, a la que alude Pablo, el discípulo camina a la par con Jesús. Jesús se ha dejado dar alcance y ahora ambos están a punto de hacer la misma carrera⁷².

A continuación Teresa explicita las visiones intelectuales en las que Cristo está junto a ella sin poderlo dudar; es una presencia que se

⁷¹ 6M 2,4; 11,2.

⁷² «Y en esta ósmosis crece también el conocimiento del misterio d Cristo. Las fórmulas y los conceptos con que lo piense se abren lentamente a lo indefinible, a lo «inefable», a la experiencia de la relación que crece según se intensifica en sintonía de vida, de obras, de confianza y de inspiración. En su fuente, en la realidad en la que se injerta, en la meta a la que tiende» (D. MONGUILLO, *Seguimiento*, en S DI FIORES, T. GOFFI, A. GUERRA (edit), *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, o.c., p. 1725).

impone, es más fuerte que ella; en algunas ocasiones la percibirá por espacio de un año, sin interrupción (6M 8,3). En las imaginarias contemplará su figura, pero entre esplendores que no son de este mundo, es la luz del Cristo glorioso (6M 9.1ss). El seguimiento se está dirigiendo ahora por la línea de la identificación o transformación. Todavía hay dualidad, aunque la experiencia de los sentimientos parece ya la misma.

En medio de estos resplandores el Señor la ascenderá a la Divinidad donde verá todas las cosas en Dios y descubrirá la verdad (6M 10,2-3.6⁷³). Pero antes nos hará un resumen de sus gracias cristológicas: «De muchas maneras se comunica el Señor al alma con estas apariciones, algunas cuando está afligida, otras cuando le ha de venir algún trabajo, otras para regalarse Su Majestad con ella y regalarla» (6M 10,1). Es el seguimiento en la línea de la relación nupcial. Ambos se hacen inseparables. Esta automanifestación de Cristo al discípulo expresa la profunda comunión de ambos. El seguidor se halla así preparado para el segundo paso: la inmersión en lo profundo de Dios. Ahora ve todo en Dios y desde Dios. Ya no va por las cosas a Dios, es desde Dios, desde donde contempla al mundo.

Habla también Teresa de una doble noche oscura. Casi todas sus observaciones serán recogidas por san Juan de la Cruz. La del capítulo primero, se referirá a la oscuridad de Dios. Podemos verla resumida en estas palabras: «Porque son muchas las penas, que la combaten con un apretamiento interior de manera tan sentible e intolerable que yo no sé a qué se puede comparar, sino a las que padecen en el infierno porque ningún contento se admite en esta tempestad» (6M 1,9). Es la comunión con la Pasión del Señor en vísperas de la Resurrección plena. También al seguidor se le da a gustar las angustias de Cristo. Veníamos hablando sobre el hecho de que el discípulo de Jesús le había alcanzado. También le alcanza en la forma de su Pasión. Este es el sentido cristológico de la noche oscura, la comunión con él en su tragedia, darle alcance también en ese punto del camino.

La otra noche, le presenta un Dios inalcanzable. Siente deseos indescriptibles, pero no puede llegar a él, «una soledad extraña» (6M 11,5). Escribe angustiada: «Abrasada con esta sed y no puede llegar al agua y no sed que pueda sufrir, sino ya en tal término que con ninguna se le

⁷³ Esa verdad le recordará la pregunta de Pilato a Jesús (Jn 18,38), y la invitará a andar en verdad (6M 10,7) [Jn 14,6].

quitará, ni quiere que se le quite, sin no es con la que dijo nuestro Señor a la Samaritana (Jn 4,7-13), y eso no se lo dan“(6M 11,5). Las sextas moradas tan llenas de luz y de noches, dejan al alma sedienta de Cristo⁷⁴. Se le hace ver en estas tinieblas el misterio de Dios y de Cristo, que sólo es alcanzable desde la gracia. Aquí se experimenta el deseo de Cristo de estar con el Padre. La vida terrena del Señor desde algún aspecto puede considerársela como cierta ausencia del Padre. Los discursos de la cena de Juan, si bien revelan la profunda comunión de Jesús con él, dejan entender cierta nostalgia de él y también las ansias de alcanzar nuevamente la comunión de eternidad.

Las sextas *Moradas* son la penúltima etapa del seguimiento. Nos retrotraen de alguna manera a las experiencias de la vida pública y de pascua juntamente con la comunión en sus dolores.

El lector podrá percibir que en esta lectura de *Moradas* que estamos realizando, en concreto ahora en las sextas, no hace falta hacer muchos esfuerzos para descubrir que una de las líneas que la clarifica y sostiene es la del seguimiento evangélico. Es más, me atrevería a decir que es una de las mejores claves hermenéuticas. Lo único que le faltó a su autora fue decirlo expresamente. Pero entonces ese concepto no formaba parte de los constitutivos de la mística.

2.7. EN LAS PROFUNDIDADES DE LA TRINIDAD

En las séptimas moradas el seguimiento se consuma. La persona se transforma en Cristo o se une a él plenamente; según otra terminología alcanza el matrimonio místico. En esta experiencia gusta el misterio trinitario. Entra en otra esfera, Hasta aquí le ha conducido la persona de Jesús. A este don del matrimonio místico o transformación en Cristo le preceden algunas gracias especiales. Desde el punto de vista psicológico el ser humano toma conciencia de las profundidades de su yo, llega al más profundo centro (7M 3,1). Hasta aquí le parecía que la religiosidad venía de fuera, ahora comprende que el misterio está dentro. Esto nos hace entender por qué Teresa introduce la Biblia en el yo. El secreto que nos invade dentro, a la vez está fuera, se expresa en las Escrituras. Por eso es en esta *Morada* cuando se tiene más necesidad de ellas; «¡Oh,

⁷⁴ Él está al lado de estas almas (Lc 7,44), que se han atrevido a aceptar el cáliz del Señor (Mt 20,22) [6M 11,12].

Jesús, y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma!» (7M 3,13). El mismo inicio de la experiencia trinitaria lo presenta bíblicamente, desde las percepciones de un eminente discípulo: Pablo. Escribe la autora: «y, cayéndosele las escamas de los ojos, (Hch 9,18) contempla el misterio de la Santísima Trinidad» (7M 1,3).

La gracia del matrimonio se experimenta muchas veces. La primera la percibió por visión imaginaria, después ya siempre será mediante visión intelectual (7M 2,3)⁷⁵. La primera vez tuvo lugar en la celebración de la Eucaristía (7M 2,1); y se le apareció el Señor «después de comulgar con forma de gran resplandor, hermosura y majestad, como después de resucitado» (7M 2,1). Mística, liturgia y pascua. Mística, pues, esencialmente cristiana. Desde aquí se evidencia la distancia que media entre la mística teresiana y la mística general. Y allí en el centro del alma el Señor pronuncia las palabras de la alianza: «Mi honra es ya tuya y la tuya, mía» (CC 29)⁷⁶. Estos elementos nos hacen ver una vez más que la mística teresiana es una mística bíblica, del seguimiento y eclesial. De ahí que no pueda identificársela con el concepto de mística universal. Si bien se observa, se constituye por el contenido normal de un seguimiento radical. La mística teresiana y el seguidor consumado de Jesús se hallan en el mismo contexto. Como es obvio, Teresa no buscaba expresamente estos paralelismos, Eran fruto de la espontaneidad de su experiencia.

Las comparaciones de las que a continuación se servirá para expresar el resultado de este acontecimiento expresan que la unión entre ella y Cristo es total (7M 2,6). Hemos alcanzado la meta. El discípulo ha dado el alcance completo al Señor en la carrera.

Aunque en séptimas *Moradas* se habla de la experiencia trinitaria, no constituye ésta el centro del discurso, que lo ocupará la gracia del matrimonio espiritual (7M 2,1), con la que se consigue la transformación en él. Sin embargo, dicha transformación debe comprenderse teniendo en cuenta las experiencias trinitarias anteriores y subsiguientes. Obviamente, de la transformación en Cristo se deriva para Teresa la participación

⁷⁵ «Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual –aunque más delicada que las dichas–, como se apareció a los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: “Pax vobis”» [Jn 20,19-21].

⁷⁶ Para expresar la unión con Jesucristo y a través de esta la unión resultante con el Padre, así como la paz profunda que de ahí se produce, Teresa acude a algunos textos evangélico-cristológicos de gran densidad (Lc 7,50; Jn 17,20-21.23; 20, 19-21).

en sus sentimientos (7M 3,2-6). Ya hablábamos de esto en sextas *Moradas*, ahora esta experiencia se acentúa hasta la consumación. El seguidor sorprendido percibe que brota de él ternura hacia el enemigo, que entiende la vida como ofrenda al Crucificado (7M 3,4) y que sus deseos y aspiraciones se identifican con los del Señor; La respuesta de Teresa a estas sorpresas se halla en el último capítulo de las *Moradas* séptimas, pero que ella misma resume en unas bellas y concisas palabras. Es «que la mariposilla que hemos dicho muere –dice– y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo» (6M 3,1)⁷⁷. El seguidor ha alcanzado la paz profunda, el «shalon» hebreo, y la *jaris* de los griegos⁷⁸.

Alguien pudiera preguntarse el porqué de tantas gracias a determinadas personas. A Teresa no se le ocurre otra respuesta que la de predisponerles para poder imitar a Jesús en su padecimientos. Dice: «Y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza y poderle imitar en el mucho padecer» (7M 4.4). E invita al seguidor a ir por el camino que el Señor fue, y también sus santos (7M 4,12). Y a continuación pone como modelo de cristianismo a Marta y María (7M 4,14-15), dos discípulas cualificadas. Las gracias místicas están orientadas a que el seguimiento sea cada vez más intenso.

Como vemos, en los momentos finales se acentúa aún más la idea de la mística como seguimiento con esa introducción de figuras cualificadas del cristianismo del NT. Y casi al final del último capítulo estampa su autora aquel grito: «Poned los ojos en el Crucificado» (7M 4,9), palabras, que indudablemente hacen inclusión con aquellas de la primera morada, que remiten a Hebreos: «Fijos los ojos en Cristo» (1M 2,11)⁷⁹.

Este final de *Moradas* nos hace comprender que el discurso teresiano se dirigía a describirnos el proceso de inmersión en Dios, que ella entiende como un camino de seguimiento, calcado de los evangelios,

⁷⁷ Más adelante para expresar esta transformación en Cristo aducirá dos textos de Pablo (1Cor 6,17; Fl 1,21). Presentando este último, escribe: «Mihi vivere Christus est, mori lucrum». Así me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla, que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo» (7M 2, 6).

⁷⁸ Teresa dedica aquí unos cuantos números (7M 3,7-15) a describir la paz cristológica del alma. Se dan momentos de cruz, que «pasan de presto, como un ola, algunas tempestades, y torna bonanza, que la presencia que traen del Señor les hace que luego se les olvide todo» (7M 3,15). A pesar de tantas gracias. «andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el publicano» (Lc 18,13).

⁷⁹ Hb 12,2.

Su experiencia mística, como hemos visto, está empapada de Biblia. Al relatarla, Teresa lo ha hecho por instinto cristiano, al estilo de la teología de los evangelios.

Por lo que respecta al seguimiento el significado del libro de Moradas no sólo se refiere a que asume las categorías y etapas evangélicas, sino a que también lo hace desde la experiencia religiosa profunda, clave desde la que lo abordan los evangelios. Por ello el escrito teresiano se constituye en un documento muy importante para la comprensión de esa espiritualidad.

